

REVISTA MEDICA

Año II

SANTIAGO, MAYO DE 1874

Núm. 11

CURAS DE LAS ENFERMEDADES DEL SACO LAGRIMAL

(Traducido por Tomas R. Torres)

Los progresos modernos en los estudios anatómicos, fisiológicos i anátomo-patológicos, ejercieron una accion patentemente benéfica i racional sobre el arte de curar, la cual ahora no es un simple empirismo, ni tampoco un corolario de la autoridad del *verba magistris*: especialmente la oculística ha podido por los estudios de Donders, Helmetz i Graefe obtener en algunas curas una esactitud verdaderamente matemática, como sucede por ejemplo en la correccion de los vicios de refracion i acomadacion, en los estravismos, en el glaucoma etc., etc., Entre tanto no en todas las enfermedades oculares hemos obtenido resultados parecidos; en las enfermedades de los órganos escretores de las lágrimas, por ejemplo, me parece que no hemos adelantado sinó mui poco de lo que hacian nuestros antepasados i aunque la jeneralidad de las oculistas estén convencidos, no sé con cuanta razon, que el método misto de Bowmann (dilatacion del canal nasal e inyecciones astringentes por los puntos lagrimales) pueda bastar para sanar completamente esas enfermedades; sin embargo, he llegado a persuadirme de lo contrario despues de la razon aducida por los hechos: i debo agregar que tan poco me han satisfecho las ingeniosas modificaciones de Weber, ni las inútiles de Stilling encocomiadas por Warlomont.

ta Europa. En nuestro Chile, tan importante vegetal no pasa todavía de ser un bello adorno de parques o jardines. Se ha mirado con tanto desden la importancia económica, como las ventajas terapéuticas de tan útil vegetal. Pero, hemos de creer que esto durará mas tiempo? Permanecerá todavía el Eucalyptus en tan injusto olvido? Creemos que no, pues el entusiasmo i ardimiento en el trabajo de la robusta jeneracion médica que hoi nace, nos hace abrigar fundadas esperanzas de que se dará la debida importancia a una cuestion que bajo todo punto de vista merece despertar el interes de nuestros médicos. Que se analicen sus elementos, que se estudien sus propiedades i que se hagan a la cabecera del enfermo prolijas observaciones, son nuestros mas sinceros deseos. Si ellos se realizan, habremos dado al Eucalyptus el honroso puesto que en la Terapéutica merece, i se habrán visto colmadas nuestras mas halagüeñas esperanzas.

Santiago, mayo 11 de 1874.

T. MARTINEZ RAMOS.

CAUSAS INDIRECTAS DE LA ALUCINACION MENTAL

La diferencia capital entre las causas que hemos estudiado i aquellas de que vamos a ocuparnos consiste en la universalidad de accion de las primeras i en la especialidad de accion de las segundas. Miéntras las unas producen el fenómeno sea cual fuere el estado fisiológico del organismo en que obran, necesitan las otras ser ayudadas por una predisposicion orgánica innata o adquirida.

Así, por ejemplo, sea cual fuere la constitucion de un individuo, sean cuales fueren los hábitos morales de su espíritu o los hábitos físicos de su organismo se presen-

tarán las alucinaciones del alcohol despues de su uso mas o ménos frecuente i prolongado.

Pero no sucede otro tanto cuando se trata de la soledad, de las pasiones, del entusiasmo, o el sufrimiento. La accion de la causa depende principalmente en este caso de la viveza con que siente el individuo sobre quien obra i así miéntras las vemos permanecer estériles con los unos las vemos tambien desplegar una actividad violenta con los otros.

La causa era todo en el grupo anterior, en este solo es parte para producir el fenómeno. La causa en aquel grupo dominaba la naturaleza, la violentaba para dirijirla hácia las alucinaciones; en este grupo la causa se somete a las leyes orgánicas de cada individuo i solo se presentan las alucinaciones cuando esas leyes se hacen cómplices para producir el fenómeno.

Aparte de esta diferencia radical, hai otra que resaltará del estudio en que vamos a entrar. Esa independencia que tenian las primeras se traducia en la constancia i uniformidad de sus efectos. Como su accion era independiente del individuo, como esas causas se imponian al organismo encontrábamos los mismos efectos, sin que les pudiese alterar de una manera marcada lo que tenia de especial cada individuo i cada organismo.

Podiamos pues, hacer jeneralizaciones señalando esos rasgos comunes. Ahora, esas jeneralizaciones serán imposibles. Los efectos no corresponden a las causas, corresponden al organismo sobre el cual obran esas causas; varian infinitamente como varian hasta el infinito las condiciones individuales.

Para que sea posible jeneralizar los efectos de una causa, es necesario que esos efectos sean constantes o que tengan por lo ménos cierta fijeza; la falta de constancia i de fijeza la hacen imposible.

No podrémos, pues, entrar ahora en esas jeneralizaciones i todo nuestro esfuerzo debe reducirse no a hacer ver la manera cómo obran las causas sino la realidad de su accion.

Principiaremos por las mas comunes de entre ellas que son las causas morales, las causas psíquicas para valerme de una espresion clásica.

La contension violenta del espíritu fija durante largo tiempo en la misma idea, produce alucinaciones cuya observacion es vulgar. Un pensamiento caprichoso i raro pasa por el alma, esa misma rareza llama la atencion; el pensamiento que pasó por casualidad vuelve atraido por la voluntad, el espíritu se habitúa a mirarlo, a examinarlo i el hábito se transforma en necesidad, i el pensamiento vuelve i revuelve sin cesar, absortos todos los otros pensamientos se convierte en la idea fija. Esta es la historia de muchas monomanías i de muchas alucinaciones.

Así como el espíritu se habitúa a una idea, los sentidos se habitúan a una impresion i la experimentan aun cuando haya desaparecido. Cuando se ha oido durante mucho rato vibracion de una campana se continúa percibiendo esas vibraciones aun cuando la campana ya no suene. Muchas personas continúan sintiendo el movimiento del buque despues de una larga navegacion.

Pero no hai siempre necesidad de que esa impresion sea prolongada, a veces basta con que sean síntomas. Talvez alguno de vosotros, despues de oir un sonido agudo, ha continuado sintiéndolo durante un largo rato.

Quando una sensacion subjetiva, como la sensacion del hambre es la que preocupa el pensamiento, entónces la causa se complica. No solo hai una contencion del espíritu en estas circunstancias sino que tambien viene a añadirse la influencia que ejerce una larga privacion.

Recordais, señores, las alucinaciones que se apoderaron

de los náufragos de la Medusa que permanecieron durante muchos dias en medio de las angustias del hambre i una mar embravecida. M. Savigny contando la historia de ese naufragio, de que fué testigo, dice que él veia a su rededor una tierra cubierta de bellas plantaciones i se encontraba con personas cuya presencia halagaba sus sentidos... Muchos se creian a bordo de la Medusa rodeados de los objetos que veian diariamente; otros divisaban buques que llamaban en auxilio, otros divisaban una bahía en cuyo fondo habia una soberbia ciudad. M. Corréard creia recorrer las bellas campiñas italianas.

En la continencia se presenta tambien esa idea fija, ese esfuerzo constante de la voluntad para luchar con deseos, que renacen sin cesar i una sensacion no satisfecha. Ambos estados se presentan con tal identidad psíquica que nos parece escusado reproducir comprobantes que pongan de manifiesto la accion que puede tener la continencia. A ella, a la soledad, al entusiasmo relijioso i a otras causas combinadas con estos se atribuye la frecuencia con que se ha observado la alucinacion en los conventos. Cambiando en la enumeracion de causas que acabamos de hacer el entusiasmo relijioso por esa pero indecible, por esa tortura tenaz que atormenta a los detenidos, eso esplica tambien la frecuencia del mismo fenómeno en las cárceles.

Durante esas noches horribles de mi prision en el Spielberg, dice Silvio Pellico, mi imaginacion se exaltaba a tal punto que me parecia aunque despierto oir en mi calabozo ya suspiros, ya risas ahogadas. En mi niñez no habia creído en los brujos i aparecidos, i ahora esos jemidos i esas risas me espantan. No sabia como esplicarme eso i me veia obligado a preguntarme si no era el juguete de algun poder misterioso i malhechor.

Muchas veces tomé la luz con mano trémula para ver

si alguien se habia ocultado debajo de mi lecho con el objeto de reirse de mí... Cuando estaba sentado al lado de mi mesa ya me parecia que me tiraban de la levita, ya que una mano oculta me empuñaba el libro, que alguien venia por detras a soplar me la luz para apagarla. Entónces me levantaba precipitadamente, miraba a mi rededor, me paseaba con desconfianza i me preguntaba a mí mismo si estaba loco o en mi sano juicio.

Todas las mañanas esas fantasmas se desvanecian i miéntras duraba la luz del dia podia vencer esos terrores i creia imposible volverlos a sentir. Pero al ponerse el sol principiaba a temblar i todas las noches volvian las visiones extravagantes de la noche anterior.

Esas apariciones nocturnas que durante el dia llamaba ilusiones locas en la tarde se convertia para mí en realidad aterradora.

Así cuenta Silvio Pellico, historiando sus prisiones, el efecto que producian sobre él la soledad del calabozo en las horas silenciosas de la noche. Pero Silvio Pellico no era un ser político i a esas causas no venia a añadirse otra que con frecuencia se encuentra entre los detenidos a quienes el remordimiento de un crimen viene a aumentar las angustias. I el remordimiento, señores, no necesita de esas causas auxiliares para producir las alucinaciones que él por sí solo puede determinar. Recordais aquellas visiones terribles que como una espiacion perseguia al rei Carlos IX despues de la matanza de San Bartolomé.

Recordareis tambien la observacion tan repetida de Cassi Burroughs que no dejan duda alguna sobre esta accion.

Cassi Burroughs, dice Aubrey, era uno de los mas bellos jóvenes de Lóndres, de un valor brillante, singularmente altivo i un poco jactancioso. Fué el amante de una encantadora italiana que vivia en Inglaterra donde mu-

rió. Una tarde, algun tiempo despues de muerta su querida, M. Burroughs estaba en una taberna donde públicamente se jactaba de su antigua relacion: eso era violar una promesa que habia contraido en el lecho de muerte de aquella señora, cuya debilidad habia jurado no revelar. Apénas habia cometido aquella indiscrecion cuando la sombra de la bella italiana se le apareció, i el fenómeno continuó reproduciéndose en todas sus orjías. M. Burroughs declaró que la vision del fantasma era precedida de un terrible escalofrio que venia a sorprenderlo en medio de los vapores del vino, i hacia vibrar su cabeza. Mas tarde murió en un duelo; la italiana se apareció a su amante en la mañana misma de la catástrofe.

Estos fantasmas perseguidores hacen recordar aquellas furias vengadoras del politeismo antiguo i nos hacen suponer que ya entónces debian haber sido observadas estas visiones que producen el remordimiento.

A veces a ese reproche íntimo de la conciencia que lo constituye viene a unirse el terror, a veces otras impresiones morales lo complican. Sabeis que el terror por sí solo puede dar oríjen a las alucinaciones. Foderé citó el caso de una jóven que encontró una serpiente en el paseo i que desde entónces creia que la perseguia. La veia, la tocaba, la sentia hasta en sus partes mas delicadas.

Este caso es un buen ejemplo del terror físico, como tan impropriamente se denomina el miedo que se experimenta con la vista de algunos objetos. Como un ejemplo del terror moral, es decir, de las alucinaciones producidas por un sentimiento análogo al anterior, pero desarrollado bajo la influencia de una idea, voi a recordaros la observacion siguiente:

Un jóven comerciante, dice Michea, perteneciente a una familia considerada i mui austera, bajo el punto de vista de la probidad i delicadeza de los sentimientos, se

vió obligado a hacer una cesion de sus bienes, por circunstancias desgraciadas e independientes de su voluntad. Una profunda melancolía fué la consecuencia de esa triste necesidad, dejeneró bien pronto en idea fija. Ese interesante jóven se imaginaba haber arrojado una mancha indeleble sobre su nombre; se reprochaba amargamente, i sin razon, de que por su culpa se hubiera roto el matrimonio de una de sus hermanas. En la noche, en medio de esos crueles insomnios, veia las ventanas i las puertas de su alcoba abrirse solas; veia el espectro de uno de sus principales acreedores que se acercaba a su lecho con un aire amenazador, sentia una mano invisible que le comprimia el cuello o le tiraba el pelo. Durante el dia cuando andaba por las calles el espectro estaba siempre a su lado, i con frecuencia, cuando abria una puerta, experimentaba una resistencia que lo hacia creer que el fantasma se la sujetaba. El enfermo consiguió hacer suspender los efectos de la quiebra i cesaron las alucinaciones que habian producido.

El miedo a la deshonra, que figura como causa en esta observacion, es el mas frecuente de los terrores morales.

Una idea fija o mas bien dicho, un círculo de ideas fijas constituyen, señores, la base de todas las causas morales que hemos señalado. Era una idea fija la que producía esa violenta contension moral, era un círculo de ideas el que volvía i revolvia sin cesar en el cerebro de Silvio Pellico, en ese jóven agobiado por el temor de la deshonra, en aquellos pobres náufragos de la Medusa.

Pero esa idea fija nunca se muestra tan activa, jamás se manifiesta tan intensa como en el hombre a quien domina una pasion o que se entrega a esa fiebre de la meditacion intelectual. Los hombres que han observado el corazon humano en sus estados de pasion, los que han hecho la anatomía del sentimiento, permitidme la espre-

sion, señores, no han dejado de observar las alucinaciones que produce. Pero no hai necesidad de haber observado hasta haber sentido, haber encontrado en eso esa situacion del alma que tan exactamente llama Stendhal el estado de cristalización del sentimiento, ese estado que nos hace ver en los objetos queridos todas las perfecciones i virtudes de que hemos oido hablar. Esas son verdaderas alucinaciones psíquicas como decia Esquirol. Pero a qué detenernos en este asunto? ¿Quién no ha tenido en su vida una de sus horas contemplativas llenas con las visiones que elabora el sentimiento? ¿quién en esa situacion indefinible entre la velada i el sueño no ha visto alguna vez delante de sus ojos una de esas creaciones del cariño? Para eso no se necesita ser poeta, basta ser hombre, basta haber tenido corazon i juventud.

Pero las alucinaciones que alimentan ese soplo febril de las pasiones no son siempre fujitivas, suelen ser tenaces i constantes, suelen engañar la razon i hacer creer que esas visiones son reales i no imaginarias.

Como un ejemplo de este jénero voi a recordaros las alucinaciones del Tasso, cuyo amor fué el orijen de sus desgracias. Creia que un jénio sobrenatural lo visitaba; veia ese jénio i lo "oia hablar, mas aun los dos hablaban. Manso dice" queriendo un dia convencerlo de la ilusion en que estaba él me respondió: ya que mis razones no pueden persuadirlo yo lo convenceré con la esperiencia i Vd. verá con sus ojos ese espíritu de que le hablo i en que Vd. no quiere creer sobre mis palabras.

—Acepto le dije. Al dia siguiente estando los dos sentados delante del fuego, volvió la vista hácia una ventana en que fijó sus miradas con tanta atencion que dejó de responder a lo que le decia i aun es probable que no me oia.

En fin, dijo, hé aquí mi espíritu familiar que tiene la

amabilidad de venirme a hablar. Admírelo Vd. i vea la verdad de lo que le he dicho.

Volví los ojos al lugar que me indicaba, inútilmente miré; solo ví los rayos del sol que penetraban en el cuarto por los vidrios de la ventana. Miétras yo miraba por todos lados sin descubrir nada extraordinario me apercibí que el Tasso estaba ocupado de una conversacion mui séria; porque aun cuando yo no oyese ni viera a nadie mas que él, su discurso estaba arreglado como entre dos personas que conversan: él interrogaba i respondia alternativamente. Las materias de que hablaba eran tan elevadas, el estilo tan sublime i tan extraordinario que la sorpresa me habia en cierto modo sacado de mí mismo; no me atrevia ni a hablarle, ni a preguntarle donde estaba ese espíritu que él me habia señalado i con el cual conversaba. Maravillado de lo que pasaba a mi vista permanecí largo rato en suspenso, sin duda hasta la partida del espíritu. El Tasso me dijo entónces ¿Ha salido Vd. por fin de sus dudas?—Léjos de eso, le contesté, ahora aumentan, he oido cosas admirables pero no he visto nada de lo que Vd. me habia anunciado.

La ambicion, la avaricia: todas las pasiones, en una palabra, han sido causa de alucinaciones tan frecuentes i citadas que me parece inútil reproducirlas.

Hai otro estado en que la atencion se fija con tanta intensidad en su mismo círculo de ideas bajo la influencia de las pasiones. I quién sabe hasta qué punto ese estado es el mismo una pasion. Quiero hablar de un estado meditativo en que se sumerje el alma estudiando un problema, quiero hablar de ese estado en que se encuentran fijamente todas las facultades del espíritu en un solo punto. En esa situacion las alucinaciones son frecuentes. La jeneralidad de los que así concentran sus pensamientos pertenecen es verdad a esa clase de individuos en

quienes la vida nerviosa es tan marcada como es silenciosa i mezquina la vida de los otros órganos. En ese desequilibrio nervioso hai ya una causa que predispone a las alucinaciones; la contension del espíritu, el esfuerzo intelectual, la fatiga del cerebro, las vijilias prolongadas en que abunda la vida de gabinete obrando sobre ese terreno preparado de antemano vienen a determinar su aparicion.

Como un ejemplo de esta causa vosotros recordareis haber leído las visiones que atormentaban a Bac hzko, el desgraciado jefe de la revolucion polaca, durante sus largos trabajos de 1806. Un negro de un aspecto horrible se sentaba enfrente de él; un monstruo iba a mirarlo todas las noches por entre las cortinas, serpientes que lo helaban de terror se enlazaban de sus rodillas miéntras preparaba su trabajo.

Las privaciones i la miseria agotando las fuerzas, determinan esos estados caquecticos en que el sistema nervioso no se encuentra moderado por el influjo sanguíneo i se entrega a todo jénero de desórdenes.

Sir William Lee, uno de los mas notables alienistas de Inglaterra, publicaba no hace mucho la série de alucinaciones que habian llegado a hacer desesperante la vida de una pobre muchacha en quien parecia haberse sobrepujado a sí misma la miseria inglesa que es la mas profunda de las miserias.

AUGUSTO ORREGO LUCO

(Concluirá.)

CAUSAS INDIRECTAS DE LA ALUCINACION MENTAL

(Conclusion)

Un calor estremado o un frio riguroso producen tambien las halucinaciones.

El frio era la causa de aquellas visiones que atormentaban al ejército frances en la retirada histórica de Rusia. El calor obra tambien del mismo modo.

I vosotros debeis conocer las relaciones que hacen los viajeros del Africa en que todos pintan las alucinaciones del desierto; la vision de personas queridas o de amigos lejanos, de fantasmos caprichosos o de creaciones monstruosas. El mismo William Lee ha publicado tambien la viva narracion de sus visiones que le hacia uno de los exploradores de Sahara. Siento no poder reproducir esas bellas pájinas de un artista i de un médico, tan bien meditadas como escritas.

La soledad, tambien suele dar oríjen, a las alucinaciones. Una jóven, dice Jimmermann, de un caracter excelente, pero casi enteramente retirada del mundo, me aseguró un dia que todas las *veces que se encontraba sola* o que cerraba los ojos se veia rodeada por una banda de demonios.

Cuando a la soledad viene a unirse la oscuridad, la accion se hace mas viva i puede obrar por consiguiente sobre organismos ménos susceptibles. Pero la oscuridad sola puede producirla.

“Una escritora, dice Michen, victima desde hace largo tiempo de una cruel neuropatía experimenta con mucha frecuencia halucinaciones de la vista durante la noche, sin estar absolutamente dormida; alucinaciones que ella estima en su justo valor, que ella mira como un juego

caprichoso de su imaginacion ardiente. Esta señora habia encontrado un medio de poner término a la importunidad que le causaba estos fenómenos, era el tener siempre una lámpara encendida durante la noche.

A la oscuridad refieren tambien los autores las alucinaciones que se producen en ciertos individuos cuando cierran los párpados.

He conocido, dice Roesch, un sexajenario que sufría de la gota. Siempre que estaba desarreglada su salud desde que cerraba los párpados veía figuras humanas de diversas formas pasar delante de él sobre los cobertores de su lecho. Le era imposible apartar la vision aun cuando sabía que era el producto de su imaginacion i que fuera el primero en reirse de ellas.

A veces no basta cerrar los párpados, pero si algun otro accidente viene a unirse, las alucinaciones se presentan. Cuando cierro los ojos, dice Goethe, i *bajo la cabeza* hago aparecer una flor en medio del campo de la vision; esa flor no conserva su primera forma, se abre i de su interior salen nuevas flores formadas de hojas coloradas i algunas veces verdes. Esas flores no son naturales sino fantásticas, aunque simétricas como las rosetas de los escultores ... Lo mismo me sucede cuando miro un disco coloreado. Sus diferentes colores sufren cambios constantes que se estienden progresivamente del centro hácia la circunferencia, exactamente como los cambios del Kaleidoscopio moderno.

El calor, el frio, la soledad, la oscuridad i esos detalles imposibles de enunciar, análogos en su efecto a la inclinacion de cabeza de que nos habla Goethe, se combinan entre sí i forman en su conjunto lo que se pudiera llamar las causas físicas de este segundo grupo a que tenemos que añadir causas de otro jénero. Son éstos ciertos esta-

dos patológicos en cuyos dos extremos figuran la plétora i el onanismo.

Este último, según Brière de Boimont obra no solo por su acción sobre el sistema nervioso sino también por los remordimientos que inspira. More refiere la observación de un joven, víctima de hábitos mortíferos, caído en el marasmo, que vivía asediado de fantasmas i se quejaba de oír sin cesar resonando en sus oídos la sentencia de su condenación.

En cuanto a la plétora sanguínea conosco una observación de Caperon citada por Michen i que me parece concluyente. Una sirvienta dice, veía a la una de la mañana una figura blanca que ella tomaba por un espíritu. Testigo de las lágrimas i los gritos de esa mujer cuando su espectro venía a visitarla Caperon creyó, en vista de la gordura de la enferma i el color animado del semblante, que el aflujo de sangre hacia el cerebro era la única causa de las alucinaciones. En consecuencia hizo practicar una sangría i desde la noche ya no volvió a presentarse el espectro.

I aun cuando ese estado pletórico no exista, basta con que la suspensión de un flujo determine esa plétora local en el cerebro para que el fenómeno pueda presentarse. Caperon recuerda a este respecto una joven de 18 años aun no reglada i que padecía alucinaciones de la vista. Cuando se presentó la menstruación ella se vió libre de este síntoma.

En esta rápida escursión al través de las causas de las alucinaciones creo, señores, haberos señalado todas aquellas que ejercen una acción demostrable, que la teoría autoriza para mirar como causas efectivas i la observación nos muestra obrando con los caracteres de tales.

Fuera de estas las demás que se han dado como causas

me parece que pueden i deben ser consideradas como circunstancias que han acompañado su aparición o como accidentes que las han precedido.

Santiago, diciembre de 1873.

AUGUSTO ORREGO LUCO.

EMBOLIA DE LA ARTERIA CENTRAL

DE LA RETINA EN AMBOS OJOS—MUERTE

La embolia de la arteria central de la retina no es una enfermedad mui comun, o por lo menos no se observa con mucha frecuencia, Galozoroski en su "Tratado sobre las enfermedades de los ojos" dice que como veinte casos han sido publicados por varios autores, i que solamente en dos fué posible hacer la autopsia. Graefe fué el primero en diagnosticar la embolia, con el oftalmoscopio. Considerando, pues la rareza con que se ofrecen casos de esta enfermedad, creo que no se debe dejar en olvido el siguiente, digno de consideracion, a mi parecer, por la juventud del paciente, por el curso tan rápido de la enfermedad i en fin por la muerte del individuo.

El 4 de abril de 1873 fuí consultado por un jóven aleman de 29 años de edad, que, en la mañana del mismo dia al levantarse, se habia encontrado completamente ciego del ojo izquierdo. Noté que no tenia la mas mínima percepcion de luz, ni natural ni artificial. Con el oftalmoscopio pude ver que el nervio óptico parecia mui blanco, pero no tanto como en la atrofia, i que las arterias estaban reducidas a hilitos mui delgados.—Las venas, dentro de la circunferencia del nervio óptico, parecian algo mas pequeñas que las del ojo sano, al paso que fuera